



La investigación histórica rigurosa, el mejor antídoto

Pedro Ruiz Torres

La conspiración del general Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada

Ángel Viñas

Editorial Crítica (primera edición, mayo de 2011; segunda edición revisada y actualizada, febrero 2012), Barcelona, 2012, 368 pp.

Durante cuatro décadas, el autor de este libro ha llevado a cabo una investigación excepcional, por su rigor y minuciosidad, sobre las dimensiones internacionales de la guerra civil española. Con frutos tan destacados como *La Alemania nazi y el 18 de julio* (1974) y *El oro español en la guerra civil* (1976), ese inmenso trabajo culminó en la trilogía *La soledad de la República. El abandono y el viraje hacia la Unión Soviética* (2006), *El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937* (2007) y *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin* (2008). Más recientemente ha publicado junto con Fernando Hernández *El desplome de la República* (2009), la obra colectiva (de la que es director y coautor) *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil* (2010), la edición de

las memorias de Pablo de Azcárate *En defensa de la República. Con Negrín en el exilio* (2010) y una síntesis de la citada trilogía, dirigida a un amplio público, *La República en guerra. Contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica* (2012).

La conspiración del general Franco tiene una introducción, tres capítulos y un epílogo, con un prólogo a la nueva edición revisada y ampliada que acaba de aparecer. En el primer capítulo, «16 de julio de 1936: Franco se subleva. El gran secreto del *Dragon Rapide*», Ángel Viñas se propone resolver el enigma del «accidente» que el 16 de julio acabó con la vida del general Amado Balmes, comandante de la plaza de Las Palmas. Para Viñas no fue un accidente. Los conspiradores en Canarias, con Franco a la cabeza, se deshicieron de un destacado militar sin intenciones de unirse

a los golpistas. Con semejante actitud, Amado Balmes ponía en peligro el éxito de la sublevación. En consecuencia, según Viñas, estaríamos ante el primer asesinato cometido por los conspiradores. El acto germinal de la sublevación tuvo lugar el 16 de julio y fue disfrazado como un «accidente». El restablecimiento de los hechos, por medio del análisis crítico de los documentos que se han encontrado (otros desaparecieron, algunos muy importantes, como las comunicaciones cruzadas entre el general Franco y los conspiradores, en particular Mola, las diligencias previas relacionadas con el «accidente» y la autopsia del general Balmes), hace plausible la hipótesis del asesinato, aunque siempre quedarán dudas. En especial, desmonta las desfiguraciones posteriores de los militares sublevados y de los historiadores que han creído a pies juntillas en la versión oficial. El segundo capítulo, «Inglaterra contra la República: el éxito jamás autorreconocido de los conspirados civiles», es de otro tipo. Se fundamenta en una amplia documentación recientemente desclasificada que junto con los resultados de la historiografía más relevante lleva a conocer mejor los motivos de la postura del gobierno británico en 1936, es decir de la inhibición o retracción británica. Dicha postura desempeñó un papel decisivo en la actitud de las democracias hacia España.

En el capítulo tercero el autor se implica de lleno en «La batalla por la verdad: historiar la guerra civil en su contexto», frente a las mistificaciones franquistas y neofranquistas, mientras que en la primera parte del epílogo nos

proporciona unas «Reflexiones para aficionados a la desmitificación y conclusiones» sobre el oficio de historiador. Ángel Viñas destaca la importancia de la crítica y de la atención a la «evidencia primaria relevante de época» (documentación de primera mano), debidamente contextualizada y sin caer en el «presentismo», que no es tanto ver el pasado con los ojos del presente, sino como si fuera una continuación hacia atrás de nuestro presente. A ello se añade el juicio de los pares, a lo largo de un proceso interminable «de interacción, discusión y crítica mutuas», que cambia con el trascurso del tiempo nuestra construcción provisional del pasado. Por último estaría la cuestión de la ideología, que no puede dejarse de lado. No todas las ideologías son iguales ni tienen el mismo valor, resalta Viñas, pero el trabajo del historiador no debe estar subordinado a ninguna de ellas.

En ese mismo epílogo Ángel Viñas proporciona unas «conclusiones macrohistóricas» y otras «mesohistóricas». Las primeras resaltan los vectores externos e internos que produjeron la guerra civil y la necesidad de verla, no como apéndice o prolongación de la Segunda República, sino en tanto parte de un mismo ciclo histórico con la dictadura franquista y las lecciones que pueden sacarse en el presente. Las segundas ponen de relieve el curso de los preparativos de la sublevación y el papel cambiante que en ella tuvo el general Franco; la función que cumplió el *Dragon Rapide*; el plan de Franco de deshacerse del general Amado Balmes, comandante de la plaza de Las Palmas; y la responsabilidad guber-

namental británica, no por ser cómplice de la conspiración, pero sí debido a que permaneció con los brazos cruzados cuando supo que se preparaba el golpe. El autor se enfrenta a los mistificadores franquistas y neofranquistas. Asimismo critica la «tesis de la equiparación», que se ha puesto de moda en España por parte de «algunos intelectuales de nota». Termina el libro con una llamada a que los historiadores sigan cumpliendo «no sólo con nuestro deber intelectual, también con nuestro deber ético y cívico: establecer y fortalecer un valladar contra las falacias, las supercherías y las trampas de quienes ven en la manipulación de aquel pasado doloroso una de las claves para las batallas políticas e ideológicas del presente y desvincular en todo lo posible la actual democracia de su único precedente, el republicano». Aparte de las implicaciones cívicas y morales de «mantener enhiesta la ilegitimidad de origen de la dictadura franquista y reivindicar el puente entre la legitimidad de la República y la legitimidad de la democracia española, no es posible olvidar la máxima tan cara al gran historiador francés Marc Bloch: *dillexit veritatem*»

La búsqueda de la verdad debe guiar el trabajo de historiador, pero ¿cómo saber si estamos en el buen camino? Desde luego, no basta una y otra vez con afirmarlo. *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española* es un libro colectivo, dirigido por Fernando del Rey, que vio la luz también en 2011. Los historiadores que intervinieron en el acto de presentación en la Fundación Ortega y Gasset dijeron de él que era un libro

desprejuiciado, renovador, muy documentado y valiente; un libro sobre discursos que son muchas veces intercambiables simplemente modificando los sujetos, pues las retóricas intransigentes predominaron por igual en uno y otro ámbito del espectro político. Con todos los méritos que se le atribuyen, seguramente de manera merecida, en la introducción y en algunos capítulos de *Palabras como puños* (en especial «De los soviets a las Cortes. Los comunistas ante la República» y «La República de los socialistas») hay terreno abonado para dos de las críticas contenidas en el libro de Ángel Viñas que ahora comentamos (p. 280): «centrarse en la evolución de un lado, desvinculándolo en amplia medida del de enfrente, absteniéndose de aplicar la misma minuciosidad hipercrítica a las derechas, posibilistas o no»; y aplicar «una concepción de la “democracia” que proyecta desde las alturas del presente y que es profundamente ahistórica». En *Palabras como puños* se presenta en bloque a los socialistas, desde el principio del cambio de régimen, con una concepción instrumental y patrimonial de la República al servicio de la revolución y decididamente opuesta a la alternancia democrática si gobernaba la derecha. En esa toma de postura, se nos dice, «el ascenso del fascismo en Europa y sus potenciales efectos miméticos en la realidad política nacional desempeñaron un papel secundario» (p. 199). Por el contrario, en el capítulo titulado «La CEDA y la democracia republicana», leemos lo siguiente: «no debemos conformarnos con la simple caracterización de la CEDA como un invento

ideológico de católicos autoritarios y corporativos destinados a conseguir por medios legales la destrucción del sistema y paralizar las “reformas” del primer bienio. La bibliografía disponible arroja una conclusión que no debiera pasarse por alto: la complejidad y la heterogeneidad del grupo» (p. 346).

También *Palabras como puños* es un libro de historiadores de profesión, de investigadores de indudable relieve. Quiere ser el producto «de una aproximación fría, distanciada y académica a los años treinta... sin necesidad de tomar partido en las polémicas ideológicas actuales», como «las trifulcas sectarias relacionadas con la *memoria histórica*», que «han supuesto una auténtica involución intelectual al dar alas, a diestra y siniestra, a polemistas de tres al cuarto que –con implicación de más de un historiador– no se han privado de lanzar a los cuatro vientos sus tesis maniqueas, contribuyendo a fijar interpretaciones históricamente muy discutibles, cuando no a todas luces aberrantes». En la introducción de *Palabras como puños*, el director de la obra encuentra la razón de ser de las investigaciones que subyacen a este libro «en la insatisfacción compartida en torno a la idea de que la historia de la República no se ha desprendido del todo de las percepciones míticas que durante mucho tiempo han impedido un conocimiento cabal de su vida política» (p. 34). Seguramente hay algo de cierto en esa afirmación, pero es poco creíble que los autores puedan hacer gala de «afanes solo científicos» a tenor de la cita sobre «las trifulcas sectarias relacionadas con la memoria históri-

ca» y de esta otra: «Ciñéndonos a la República, aunque de tarde en tarde se glorifique el mito, esta experiencia democrática y sus élites rectoras tuvieron muy poco de modélicas, hasta el punto de que solo de forma forzada se les puede considerar antecesoras de la democracia española actual» (p. 38). ¿Qué otras elites rectoras tuvieron «mucho de modélicas» en los años treinta, cuando en esa misma introducción se nos dice que «pocas democracias se caracterizaron en el periodo de entreguerras por su ejemplaridad... La República española no fue una excepción, sino todo lo contrario»? ¿Acaso la crisis social y política actual no debería llevarnos a ver con otros ojos y de un modo menos autocomplaciente la experiencia democrática española de la transición?

Dejemos, pues, las pretensiones de «aproximación fría, distanciada y académica», los «afanes científicos» y la neutralidad objetiva. Contentémonos con el trabajo bien hecho y sepamos apreciarlo. Richard Sennett, en *El artesano*, se adentra de un modo profundo, original y sugerente en el estudio del impulso humano duradero y básico que va unido al deseo de realizar bien una tarea en el proceso de producir cosas concretas (en nuestro caso, un libro de historia). El artesano, nos dice, representa la condición específicamente humana del *compromiso* con el trabajo bien hecho, adquirido a través del aprendizaje y de la práctica del oficio; el deseo de hacer las cosas bien, concretamente y sin ninguna otra finalidad, para lo cual es preciso adquirir y desarrollar las habilidades propias del

oficio o profesión. El saber artesanal tiene como fundamento tres habilidades básicas: la de localizar (facultad que permite determinar dónde sucede algo importante), la de indagar (la tarea de investigar el lugar donde algo ocurre) y la de desvelar un problema. Ese saber artesanal, añadido por mi parte, aplicado al estudio del pasado, nos permite hacer una distinción entre el producto de calidad y la fabricación de materiales con una vida efímera.

El saber que se manifiesta en *La conspiración del general Franco* lleva a productos del primer tipo. Compruébese, nada más comenzar, en el capítulo inicial. Allí Ángel Viñas deja bien claro lo que debe hacer el buen historiador. Ante unos hechos de relieve histórico, que se convierten en objeto de estudio, el historiador ha de saber distinguir lo que es importante de lo que no lo es, indagar y desvelar el problema. Precisa de herramientas tales como el análisis crítico y contextualizado de la documentación conocida y de las versiones que se han dado de los hechos: la incorporación de Franco a la sublevación, el avión que lo sacó de Canarias y lo llevó al norte de África, el desgraciado y sin embargo oportuno «accidente» que el 16 de julio le costó la vida al general Balmes. Luego el historiador se propone sacar a la luz las contradicciones y los intereses que se manifiestan en las fuentes primarias que otros han recogido o que la investigación por primera vez aporta, una vez dispone de información sobre los testigos y contrasta los testimonios y las noticias próximas a los hechos (los documentos no sólo no hablan si no se les interroga, además son construc-

ciones del pasado que el historiador no debe aceptar de manera ingenua y acrítica). Con ello está en condiciones de construir varios escenarios teóricos para responder a las preguntas que ha ido formulando y establecer finalmente hipótesis (nunca interpretaciones definitivas), que den cuenta de los hechos del modo más consecuente con los resultados de la labor anterior. Son hipótesis que han de ser sometidas a la crítica colectiva de los demás historiadores también comprometidos con el trabajo bien hecho, todo ello con el fin de hacer posible un tejido de conocimiento cada vez más elaborado (a base de mejoras en los materiales, de la corrección de las imperfecciones, de la revisión de las instrucciones y de las herramientas, por utilizar el lenguaje de Sennett en *El artesano*). Ángel Viñas lo ha llevado a cabo con «una metodología esencialmente inductiva», una de las herramientas básicas del trabajo intelectual, de la que suele echar mano el historiador.

En definitiva, Ángel Viñas ha producido una investigación histórica de calidad, un libro de historia bien hecho, sin pretender haber dicho la última palabra, porque no existen interpretaciones «últimas» o «definitivas», sino un aprendizaje mutuo y constante en el seno de un grupo y en la práctica del «taller» del historiador. La conciencia de este proceso es otra de las cualidades de aquellos que quieren y conocen bien lo que Marc Bloch llamó «el oficio de historiador».

Pedro Ruiz Torres
Universitat de València